El reequilibrio latinoamericano de fuerzas

LEOPOLDO GONZÁLEZ AGUAYO

Este tema lo hemos empezado a desarrollar en diversos escritos y conferencias redactados y expuestos anteriormente. Estudios desenvueltos principalmente sobre aspectos y problemas geopolíticos del subcontinente. De los estudios de geopolítica latinoamericana que hemos emprendido nos ha surgido la inquietud para ir más al fondo de los problemas de ciertos aspectos de la política latinoamericana, muy poco manejados en México, y que, como veremos adelante, tienen una importancia fundamental, debiendo agregarse que resulta extraño que hasta ahora no se hubiese comprendido cabalmente la trascendencia que revisten.

Por lo general, los estudios de política latinoamericana se abordan en nuestro medio circunscritos a las relaciones con los polos hegemónicos externos al subcontinente: Estados Unidos e Inglaterra, fundamentalmente; o circunscritos al problema de la integración latinoamericana. Este último tomado prácticamente como único elemento externo de las relaciones interlatinoamericanas.

La visión tradicional de los problemas de las relaciones interlatinoamericanas se ve normalmente reducida al esquema o marco de las dos variables expuestas: 1) relaciones de dependencia con Estados Unidos, casi exclusivamente, y 2) problemas de integración latinoamericana. Planteamiento que resulta demasiado esquemático y por ello mismo sumamente débil como única hipótesis científica sobre una región del planeta que depasa los 300 millones de almas y la veintena de sociedades nacionales.

El problema nos proponemos abordarlo considerando, además de la hipótesis de la persistencia de fuerzas de dominación extrarregionales, presentes durante toda la historia moderna de los pueblos latinoamericanos, dando cabida a la hipótesis de intentos realizados en ciertos países del subcontinente para consolidar polos de poder subregional, autónomos o semiautónomos. O sea, incluyendo los intentos de diversos países latinoamericanos, y aun los mismos polos subcontinentales con ambiciones hegemónicas, por contrarrestar y neutralizar las diversas pretensiones de supremacía que se dan y se han dado en el subcontinente. Hipótesis que enmarca el presente trabajo sin mayores propósitos que los ya anotados.

Lógicamente, dentro del esquema que criticamos existe la costumbre de presentar a la historia latinoamericana como un devenir homogéneo de fórmulas de dominación extra-subregionales: de España y Portugal primero, Inglaterra después y Estados Unidos desde fines del siglo pasado. Dentro de tal criterio, muy poca gente se ocupa del papel de los subpolos de poder que se crearon o se consolidaron desde la época colonial en México, Perú, el Río de la Plata y Brasil. Subpolos de poder que abarcando elementos tan diversos como los políticos, administrativos, militares, económicos, culturales y religiosos ejercieron su influencia sobre extensas regiones vecinas, acostumbrando a los pueblos de dichas regiones y fundamentalmente a las oligarquías coloniales locales a una especie de vasallaje con respecto al poder de atracción de las oligarquías de ciertos polos hegemónicos del nuevo continente, además del que obviamente debían tributar entonces a la metrópoli europea.

Al terminar la colonización española e iniciarse la penetración británica, las antiguas relaciones de vasallaje en el subcontinente latinoamericano se vieron alteradas, en ocasiones definitivamente. Así tenemos que, el polo de poder peruano desapareció en buena medida de las regiones vecinas, siendo substituido por el polo hegemónico del río de la Plata; centro de supremacía que tendió a consolidarse en cuanto Argentina inició su periodo de estabilidad política, a partir de la década de los años 60 en el siglo pasado. Este hecho condenó a los países mediterráneos del hemisferio sur, Bolivia y Paraguay, obligándolos a tomar la salida del Paraná y más adelante la del Plata.

En el extremo norte del subcontinente, el polo hegemónico que se yergue en las mesetas de Anáhuac volvió a manifestarse hacia Centroamérica y el Caribe durante más de un tercio de siglo, en el periodo que abarcó la estabilidad política del porfiriato, desde mediados de 1870 a 1910.

Pero éstos no eran todos los polos hegemónicos que se apreciaban en el ámbito latino del Nuevo Mundo durante esta época. El Brasil, tres años después de su nacimiento a la vida independiente, dada en 1823, demostró sus ambiciones expansionistas al decretar en 1826 la anexión de la provincia Cisplatense (designada también la Banda Oriental, que constituye ahora el Uruguay), lo que le llevó a un choque armado sin grandes resultados con Argentina, poco tiempo después. Las maniobras expansionistas posteriores del gigante latinoamericano que se prolongaron hasta 1904 se tradujeron en un aumento territorial brasileño en más de 600 000 kilómetros cuadrados, a costa del territorio de sus vecinos: Uruguay, Paraguay, Bolivia y Colombia.

Después de consumada la separación política de España, la oligarquía chilena llevó a cabo una experiencia de crecimiento económico dentro de una relativa estabilidad política. A fines de la década de los años 70 la oligarquía recibió el aliento británico para pasar a una experiencia expansionista y apoderarse, por las armas, de los yacimientos de nitratos de la provincia de Arica, cuya victoria militar consolidó al país del extremo austral andino como nuevo polo hegemónico del sur del continente. Precisamente a causa de la campaña del Pacífico, la oligarquía chilena debió abandonar sus pretensiones sobre buena parte de la Patagonia argentina, extensa región que

venía reclamando desde hacía algún tiempo a los entonces inestables regímenes políticos argentinos.

En el norte, los intentos de la oligarquía guatemalteca para expandirse por el territorio de sus vecinos del sur, a fin de lograr una unificación bajo la égida del mayor país del Istmo, no se vieron coronadas con éxito, contando generalmente con la oposición de Estados Unidos y de los regímenes mexicanos.

En el curso del presente siglo, el panorama de las ambiciones hegemónicas se alteró sustancialmente. En el periodo de 60 años, que van de 1904 a 1964, la oligarquía brasileña dio muestras de estar más ocupada por el desarrollo y la expansión interna de su gigantesco territorio que por ocuparse de los problemas y las querellas de sus vecinos. Inclusive la diplomacia brasileña ganó reputación por sus posiciones moderadas, marcadamente conciliantes o neutrales. Por su parte, después de 1910, los regímenes revolucionarios mexicanos llevaron a cabo una política de acercamiento con Centroamérica a fin de no verse horquillados entre los Estados Unidos y las pequeñas repúblicas del Istmo en las que el dominio estadounidense se consolidaba rápidamente.

En este marco las ambiciones hegemónicas de la oligarquía argentina no encontraron prácticamente cortapisas. La influencia del gran país del Plata se extendió por sus tres vecinos del norte que separan su territorio del de Brasil, alcanzando también a Perú y Ecuador, proyectando su influencia cultural a todos los otros países de habla española, inclusive los centroamericanos y al propio México. Al iniciarse la década de los años 40 la oligarquía argentina sintió la máxima suficiencia como para desafiar al poder estadounidense en la región, haciendo gala de su poderío militar, cuyo ejército pasaba ciertamente en esos tiempos por ser el mayor y mejor equipado del subcontinente, de pasando con mucho, inclusive, al del gigante latinoamericano.

Durante la Segunda Guerra Mundial ocurrió, sin embargo, un fenómeno que nadie debe olvidar. El Brasil de Getulio Vargas, curiosamente organizado bajo modelos corporatistas, cedió a las ofertas estadounidenses para dotarse de industrias estratégicas pesadas, al tiempo que admitía la instalación de bases norteamericanas en Natal y en la isla Fernando de Noronha, que mira a la saliente occidental del continente africano, de donde se temía una operación de asalto al continente americano por parte de las fuerzas del Eje. Los yanquis no escatimaron su asistencia y otorgaron a Brasil $\frac{1}{2}$ del total de ayuda militar que proporcionaron al subcontinente durante el conflicto. Tal asistencia en equipo bélico y la otorgada al coloso latinoamericano para dotarse de complejos industriales pesados que apoyarían al Brasil en caso de conflicto en su territorio, fueron decisivos para alterar el equilibrio de fuerzas tradicional del subcontinente. El ejército brasileño pasó desde entonces a ocupar el primer puesto dentro de los ejércitos latinoamericanos simultáneamente al aumento considerable del parque industrial del

coloso latinoamericano con respecto al de los otros países del subcontinente, especialmente el de Argentina.

Debemos decir que las reglas del equilibrio en América Latina son simples, basadas en los principios de equilibrio de los países europeos. Así tenemos que los diversos estados mayores de los países latinoamericanos imaginaron una compleja red de relaciones y de apoyos mutuos, capaces de disuadir y neutralizar a los que se consideraban sus respectivos "enemigos tradicionales". De esta manera tenemos que Buenos Aires y Lima se entendían bastante bien para responder a los intentos de acercamiento de Santiago y Río de Janeiro. Por su parte Quito buscaba el apoyo de Santiago y de Bogotá para oponerse a las pretensiones peruanas al sur de su territorio.

En el norte de la comunidad latinoamericana, México y San Salvador se apoyaban mutuamente contra las aspiraciones de Guatemala hacia el sur. Guatemala por su parte, agregó al apoyo estadounidense contra México, el de Buenos Aires. A su vez, México y Santiago se apoyaron también para neutralizar las presiones de Buenos Aires sobre el territorio chileno.

Además de las relaciones ya expuestas existieron también las llamadas políticas del "péndulo" oscilando hacia uno u otro polo de poder hegemónico vecino a fin de permitir la subsistencia de Estados nacionales en difícil posición geográfica, como Uruguay, Paraguay y Bolivia. Los que durante las cuatro primeras décadas de este siglo debieron inclinarse frecuentemente en favor del gran país del río de la Plata dada la presión que ejerció Buenos Aires sin otros polos visibles capaces de contrarrestarla.

Después de 1964 la curiosa red de interacciones dentro del subcontinente latinoamericano se vio radicalmente alterada. La llegada al palacio de Itamarati en Brasilia de un régimen militar imbuido de una filosofía expansionista hacia el interior y el exterior del país, capaz de hacer del gigante latinoamericano una gran potencia a la escala planetaria bajo el modelo de las grandes potencias desarrolladas existentes, ha dado origen a una febril actividad político-diplomática latinoamericana y a diversos reajustes en la relación de fuerzas del subcontinente en los últimos tiempos.

Como primera medida, el equipo dirigente instaurado en Brasilia, en 1964, decidió hacer cambiar la oscilación del "péndulo" de los tres países que lo separan de Argentina, de la marcada inclinación dirigida hacia Buenos Aires, volviéndola gradualmente atractiva hacia Brasilia, lo que lograron primeramente con Paraguay, durante el régimen del general Alfredo Stroessner. En agosto de 1971, con Bolivia, al ayudar a derrocar con muy escasa discreción al régimen del general Juan José Torres permitiendo la instauración del actual régimen del coronel Hugo Bánzer Suárez. Finalmente, maniobrando ante los dirigentes uruguayos e inclusive interviniendo en un forcejeo entre los militares del pequeño país del estuario del Plata, dado en la primera mitad de 1973, para sacar victoriosa a la fracción de militares y civiles favorable a Itamarati.

A partir de agosto de 1966 los dirigentes militares brasileños se mostraron terriblemente hostiles al proyecto de los dirigentes de los países andinos des-

tinado, entre otras cosas, a contrarrestar y contrabalancear las tendencias negativas de los grandes núcleos de poder latinoamericano. En ese momento la presencia brasileña se hacía ya sentir en Centroamérica y países del Caribe, en donde chocó con intereses mexicanos en vías de consolidarse desde la década de los años 50. No resulta pues extraño que Buenos Aires primero, y México pocos meses después, ofrecieran su apoyo en auxilio del Pacto Andino, en el curso de 1972.

Para entonces, hacía ya un año que los regímenes radicales de Perú, Bolivia (por pocos meses hasta agosto de 1971) y, sobre todo, Chile habían recibido el apoyo argentino, lo que creó una curiosa alianza Buenos Aires-Santiago-Lima, a la que se unieron con gran entusiasmo los mexicanos. Diversos esfuerzos argentinos tendieron a atraer a Quito al grupo, al igual que a Bogotá, con lo que quedaba prácticamente cerrado el camino del Pacífico para los brasileños. Por el lado del Atlántico los militares argentinos se entendieron rápidamente con el régimen demócrata cristiano que presidía Rafael Caldera en Venezuela, con lo que aseguraron buenos apoyos en un punto fundamental del litoral atlántico; alianza a la que también entraron los mexicanos.

Santiago, por su parte, inició la atracción de un país clave del Caribe, Cuba, al ámbito de las relaciones sudamericanas. De donde surgieron apoyos posteriores entre La Habana con Lima, en 1972, y con Buenos Aires en mayo de 1973, anunciándose para principios de este año la reanudación de relaciones diplomáticas con Caracas. Sin olvidar que con los dirigentes panameños los sondeos de los cubanos han dado muy buenos resultados.

En general, bajo el criterio del "pluralismo ideológico" y el nacionalismo antiyanqui se alinearon los siguientes países del subcontinente: Perú, Chile, Cuba, Argentina, Ecuador, Colombia, Venezuela, México, Panamá, Costa Rica, Jamaica, Barbados, Trinidad y Tobago, y en cierta medida Honduras y Bolivia, es decir, en total unos quince países. Por el contrario, sosteniendo las tesis brasileñas de las "fronteras ideológicas" y la amistad estrecha con Estados Unidos se alinearon: Brasil, Paraguay, Uruguay, República Dominicana, Haití, Nicaragua y Guatemala, una minoría de siete países. Otros países como El Salvador nunca se pronunciaron oficialmente, aunque posiblemente los dirigentes del pequeño país centroamericano se hubiesen inclinado más en las discusiones por las posiciones de la mayoría latinoamericana.

Al menos éstas eran las posiciones y el cuadro de las relaciones interlatinoamericanas e interamericanas hasta el 11 de septiembre pasado.

El éxito del golpe de extrema derecha en Santiago no puede negarse que ha sido una de las obras maestras de la reacción de nuestros tiempos. No solamente los nuevos dirigentes militares de Santiago reiteraron su fe y su amistad con los Estados Unidos sino que pusieron en práctica sus tesis de apoyo estratégico militar con Brasilia deshaciéndose del momentáneo apoyo político conseguido por Santiago con Buenos Aires durante el régimen de la Unidad Popular. Además de arrancar violentamente al país andino del grupo de los países "avanzados" del subcontinente, obligaron a sus vecinos a disminuir visiblemente su radicalismo internacional, tal como ocurrió con

Argentina, en donde el general Perón empezaba su régimen en medio de duras presiones de la derecha del propio movimiento justicialista, así como ocurrió igualmente con los dirigentes militares del Perú.

Nadie puede negar tampoco que el golpe chileno estaba destinado a desajustar totalmente el cuadro de las alianzas del subcontinente, dejando prácticamente a la defensiva a todos los países con posiciones políticas progresistas, alentando ampliamente a las alas derechas internas que decidieron pasar al asalto. Es decir, estamos aún viviendo el reflujó intenso de las posiciones de derecha en todo el subcontinente. Por otra parte, las alianzas estratégicas fundadas sobre el criterio progresista y de contención del Brasil quedaron hechas añicos con la salida del largo país que cierra el sudeste del Pacífico, cuyo territorio se extiende por más de la mitad del litoral occidental sudamericano. Argentina, Perú y México han quedado prácticamente aislados.

Ello seguramente ayudará a explicar la confirmación de un nuevo reajuste de fuerzas del subcontinente. Reajuste que encabezaría el presidente argentino Juan Domingo Perón bajo el criterio amplio de la "unidad latinoamericana" tendiente a aglutinar a todos los países latinoamericanos y, obviamente, a todos los regímenes existentes, en un pronunciado giro a la política seguida por su patria en los dos últimos años y medio, durante el régimen del general Alejandro Lanusse.

La nueva estrategia argentina no parece desagradar al pragmatismo de los mexicanos y de varios otros países del subcontinente, en su idea esencial de no enfrentar más al Brasil, aunque sin flaquear en su intento de tratar de convencer a los dirigentes del gigante latinoamericano de la bondad de los procedimientos que conlleva la discusión y la negociación para obtener los objetivos deseados de unificación "sin hegemonías", a fin de que el siglo XXI encuentre a los latinoamericanos "unidos" o bien, "dominados". Propósitos conciliantes que tienden a alentar, inclusive, la actuación del ala moderada del equipo militar brasileño, a fin de que coadyuve a neutralizar al ala de los "duros".

Por otra parte, dentro del criterio de los elementos disuasivos, Perón tiene pensado desarmar las tendencias expansionistas de sus colegas brasileños con hábiles iniciativas y golpes diplomáticos audaces dirigidos hacia sus vecinos inmediatos, precisamente los sujetos a la gran pugna brasileño-argentina, comprometiéndolos con amplios y generosos programas de desarrollo comunes, y apresurándose a proporcionar facilidades crediticias para los chilenos a fin de no dejarles caer totalmente en la órbita de Brasilia.